



5.

Entrevistas

Conversamos con Rafael Paz



Alicia Casullo

Alicia Casullo: Quisiera que nos cuentes tu recorrido hasta llegar a ser psicoanalista a partir de las que considerarás raíces más fundantes, más básicas, si se quiere infantiles, de esa decisión.

Rafael Paz: Es complicado para un psicoanalista hacer un rastreo de las raíces de una vocación en la medida en que uno comienza a oscilar en los bordes de la asociación libre. Y pendular entre asociación libre y la asociación pensada es bastante arduo; de todas maneras puedo dar una respuesta algo genérica pero cierta: remite a cuestiones de neurosis infantil.

Tal vez un cierto itinerario traumático tenga que ver con la condición de hijo único, en el seno de una familia longeva aunque de gente grande, lo cual supuso la pérdida precoz de tíos y abuelos.

Con una gran repercusión emocional, por estilo y por la simbólica intensa y extendida propia de la época, que evidentemente ayudaban al metabolismo de la pena pero ponían una suerte de solemnidad dolorida a muchos avatares de la vida.

La soledad relativa frente a la gente grande lo vuelve a uno pensante o bloqueado; por suerte no me bloqueé y me quedé pensando en lo que le pasaba a la gente. Y en cómo hacer para que sobrellevaran las contingencias del existir.

Por otra parte, el haber pasado prácticamente un año en cama por una osteomielitis reforzó la dependencia cuidada, con sus beneficios se-

cundarios y sus asfixias, así como el asistir a incontables tertulias, a dominancia femenina, que me enseñaron mucho respecto a escuchar y a tamizar lo escuchado.

Junto a eso tuve la fortuna de tener acceso, desde chico, a bibliotecas múltiples y variadas. Mi padre, catamarqueño de pura cepa, vio trunca su carrera académica como historiador debido a un intenso compromiso político con el radicalismo. La familia de mi madre procedía de una estirpe librepensadora franco / belga –también hay vascos de ese lado– con un abuelo masón ultra asimilado a la cultura argentina, de modo tal que lo europeo se trasuntaba como síntoma. Coincidían así una polivalencia de raíces e intereses y, visto retrospectivamente, espacios de libertad para pensar, para expandirse, para preguntar, para curiosarse, lo cual fue trabajosamente encausado por una religiosidad proveniente de mi padre, que era un católico sincero.

Perduré como tal hasta algo más de los treinta años tomándomelo muy en serio, lo cual me permitió explorar –atravesado como todo buen creyente por tremendas dudas de fe– formas de racionalidad, de misticismo, de desesperación frente al vacío existencial y de saltos aliviantes hacia la creencia.

No recibí ni por parte de los creyentes de mi familia, ni qué decir del escepticismo flotante por el lado materno, ni desde sacerdotes con los cuales tuve un vínculo profundo y significativo, nada que se pudiera pensar como limitativo, en el sentido de un cercenamiento obtuso por el lado del dogmatismo, salvo –como es obvio– en lo referido a los núcleos fundamentales de la fe.

De hecho hay una especie de nostalgia semi irónica en el último libro que acabo de publicar, *Cuestiones disputadas*¹ ..., porque es un nombre que en rigor proviene de la teología, en la cual hay algunas cosas, o casi todas, que se pueden disputar pero hay otras mínimas, centrales y esenciales que no: la existencia de Dios, la verdad revelada, la propuesta a través de la iglesia para que las mismas sean creídas. Si el título tiene un carácter suavemente irónico es porque en rigor el psicoanálisis, en la medida en que se sitúa en las estribaciones del iluminismo y la filosofía de las luces, no admite núcleos vedados a la interrogación, pero las tentaciones dogmáticas vuelven a surgir una y otra vez. De modo tal que la modelística religiosa, para pensarnos en nuestras limitaciones, puede ser muy útil y enseñante.

¹ Paz, R. (2008) *Cuestiones disputadas. En la teoría y en la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires. SAP-Biebel

Luego me pasaron una serie de cosas que voy a obviar para eludir precisamente la tentación de la asociación libre y confiárselas al autoanálisis.

Saltando en el tiempo, alrededor de los diecinueve o veinte años hice una sintomatología francamente fóbica, coincidiendo con un compromiso político intenso en la Izquierda Social Cristiana y el miedo por lo que se vivía en los avatares agónicos de la presidencia de Perón en 1955. Fue ahí que aprendí para siempre lo que es la angustia, lo que son los equilibrios fóbicos y lo que es tener un objeto acompañante formidable que era mi novia y luego se convirtió en mi mujer. En esa época, por supuesto, al nombre “objeto acompañante” lo ignoraba.

Así fue como me empecé a analizar en grupo, porque no tenía dinero personal para afrontar un análisis individual, y mantenía en secreto mi sintomatología para con mis padres, “para no hacerlos sufrir”.

El grupo era más accesible pero además me brindó una experiencia humana y terapéutica extraordinaria. Más tarde comencé un análisis individual que me hizo muy bien; esto coincidió con la finalización de mis estudios de medicina; luego hice mi formación didáctica con Jorge Mom, a quien le guardo un profundo agradecimiento.

Muchos años después me analicé nuevamente con él. En ambos casos fueron análisis en serio; yo no tengo para nada la impresión, lo cual ha sido crucial en mi devenir como analista y específicamente analista didáctico, director del instituto de psicoanálisis, etc., que el análisis de formación transcurre dominado por las formalidades institucionales, parasitado por los ideales del grupo o por el aprendizaje de astucias para desenvolverse en un medio específico.

Claro está que puede suceder, pero en tal caso es un avatar transfe-rencial infortunado a ser analizado con particular fineza.

Volviendo hacia atrás: bastante precozmente me incliné por la investigación básica; trabajé en fenómenos de membrana celular con gente que lo hacía en muy buen nivel –Frumento, Valentinuzzi– y en la cátedra de De Robertis, ya en la época del rectorado de Risieri Frondizi.

Cátedra elitista pero extremadamente exigente y científicamente impecable, en la que se respiraba un clima natural de responsabilidad respecto del saber, y también de cordialidad. Reaccionaria quizá desde el punto de vista de una concepción universitaria más amplia, pero con muchos valores de seriedad “a lo Houssay”, y con investigadores que luego hicieron destacadas carreras como tales.

Se tornó natural para mí, que venía de un cierto rigor de pensa-

miento, aplicarlo también al campo de la biología a la que, supuestamente –pero en el fondo con ciertas dudas de fe– me iba a dedicar. A De Robertis lo defraudé al inclinarme luego hacia otros campos, pero esa concentrada experiencia consolidó una base formativa a la que guardo mucha gratitud.

Como digresión, cabe acotar que varios *seniors* de S.A.P. nos hemos formado médica y científicamente en lugares de excelente nivel, con maestros que se asumían como tales, sin demagogias, lo cual da una matriz natural para el ambiente controversial y continente que supimos conseguir.

Luego, y a lo Freud, aunque sin saberlo, hice neuroanatomía, neurohistología y finalmente, partiendo de practicante en Casa Cuna, hoy Hospital Pedro de Elizalde, neurología infantil durante un pequeño tiempo, junto a la pediatría general.

Esas fueron para mí experiencias cruciales porque me sentía muy cómodo en la clínica pediátrica, no tanto siendo neurólogo, porque era básicamente un diagnosticador, salvo en el campo de las epilepsias. Pero el contacto con los habitantes de Isla Maciel y alrededores, sus padecimientos médicos entrelazados con condiciones de pobreza, incluso el haber trabajado un tiempo en villas de otras zonas, me marcaron de modo indeleble.

Todo eso formó un lecho básico por la complejidad de la pediatría unida a la necesidad de respuestas pragmáticas y útiles, para explicar a la gente qué es lo que le pasa, a las madres, por ejemplo –yo hice puericultura–: la paradoja de un chico muy joven enseñando a las madres cómo hacer la mamadera para que no se contamine. Esa riquísima experiencia luego se incrementó con la apertura de un microservicio de psicopatología infantil en Casa Cuna donde lo que hacía era recibir a chicos con problemas y jugar con ellos –mucho más que eso no– y leer desafortadamente para saber lo que estaba haciendo. Ese caudal de experiencias pudo luego ser procesado en la Asociación Psicoanalítica Argentina gracias a los notables maestros que tuve y a las supervisiones que fui realizando.

Se trata de un lecho con muchísimos afluentes que incluye el padecimiento psíquico personal y de personas allegadas, así como una tensión entre el compromiso terapéutico y la necesidad científica de dar una explicación racional y coherente a la complejidad descomunal con que uno se enfrenta.

Tal es la esencia de la problemática psicoanalítica y de las narrativas y modelísticas que intentó Freud desde el principio, con lo cual el psicoanálisis se fue tornando para mí en connatural como ambiente de pensamiento y, reitero, por haber disfrutado durante el lapso de mi for-

mación en los seminarios (entre el año '64 y '68), de los diversos estilos de maestros notables del psicoanálisis aunados en un compromiso profundo con la clínica y la teoría.

A.C. Seguramente, como nos pasa a muchos, te anima más de una vocación, inclinación, hasta podemos decir, más de una pasión, sea lo artístico, lo político, lo espiritual, lo social. Contanos cuáles son las que considerás más importantes, los encuentros y desencuentros entre ellas, el lugar que tienen en tu vida y también en tu obra, cuáles son más reservadas y cuáles más públicas.

R.P. Al poco tiempo de recibirme ingresé a dos servicios de psiquiatría, en una especie de bigamia efímera; uno fue el de Jorge Insúa, donde fui muy bien recibido, y el otro de Mauricio Goldenberg. Al poco tiempo opté por este último, atraído por su persona, la calidad humana, el afecto, el modo de aproximación a los pacientes y la diversidad de corrientes de pensamiento que albergaba en su servicio.

Estuve en el servicio del Hospital Borda, después asistí al Lanús, pero de todas maneras iba todos los días al Borda y ahí me impregné con la psiquiatría pesada. También fue muy importante para mí el vínculo con Morgan, que era jefe de servicio y además en el Hospital Británico, al cual le llegaban pacientes graves con los que, por cierta soltura que tenía con el inglés, trabajaba en emergencia en internaciones y seguimientos.

Fueron experiencias imborrables, pintorescas, tremendas, pero me ayudaron a salir de ciertas dulzuras pediátricas para pasar a locuras furiosas en barcos británicos, *delirium tremens* de marinos, por ejemplo, trabajos en común con pastores melancólicos y azorados.

Todo eso constituyó una experiencia notable, compartida por muchos de esa generación semiprimera de las modernizaciones del Hospicio, de influencia de Enrique Pichon Rivière, del psicoanálisis de grupos, de García Badaracco, etcétera.

Eso se imbrica luego con una situación bastante insólita. En la carrera de psicología, muy nueva por aquellos tiempos, se crea un espacio y me ofrecen, vía Mauricio Goldenberg, trabajar con David Liberman como adjunto interino, siendo yo muy joven y con poquísimos años de experiencia. Me adscribo a la cátedra y trato desesperadamente de hacerlo lo mejor posible. En dos años leí toda la bibliografía esencial de la carrera; hube de cubrir carencias formativas en un espacio compartido con una serie de ayudantes que eran todos mayores que yo y psicoanalistas en

formación, lográndose un ambiente de extraordinaria cordialidad que en algunos casos fungió luego como amistad. Recuerdo como figura-símbolo a Benito López, un personaje entrañable que tiempo después me dijo que él pensaba de dónde había salido yo y qué me iba a pasar jugando en esa especie de seleccionado. Me adapté bastante bien, aunque algo de sobreadaptación hubo, lo que me permitió luego profundizar bastante en el tema y ayudar a mis pacientes a ponerla en tela de juicio. En mi último libro hay un énfasis llamativo al respecto, como si en los medios en los cuales uno trabaja fuera un componente objetivamente significativo pero que además toca cuerdas de sensibilidad en uno mismo: las sobreexigencias a las cuales uno se ve llevado, en las que darwinianamente a veces se cae, y que suponen un gasto psíquico y vivencial importante.

A.C. ¿Cuántos años estuviste ahí?

R.P. Hasta el '66, momento en que salí literalmente por la ventana, en la noche de los bastones largos. Eso constituyó un hito, lo digo en el prólogo de mi libro *Psicopatología² ...*, comenzado a escribir poco tiempo después, para mi ubicación frente a lo político, lo religioso, etc. Se reaviva así un compromiso intenso con las luchas sociales.

La situación personal se trastoca y me adscribo paulatinamente a lo que Sartre llamaría el horizonte intelectual de nuestra época, es decir, el marxismo, cosa que ha perdurado hasta el momento atravesando múltiples vicisitudes, pero sosteniendo las lealtades de base.

Ni la frecuentación de gente con compromisos ideológicos y políticos profundos, ni la asunción nítida de posiciones políticas fueron limitantes dogmáticos, muy por el contrario. No porque no existiesen dogmáticas en el marxismo sino porque ya tenía mucho hábito para desentrañarlas y moverme entre ellas, incluso para aplicarlo al campo específico, cosa que es ostensible en mis trabajos.

También por conservar las sensibilidades abiertas – Isla Maciel y Casa Cuna– así como la conciencia de la situación de privilegio que uno detenta y la preocupación de cómo poner, directa o indirectamente, la sofisticación de conocimientos que uno alcanza al servicio de las mayorías que padecen. Y sin caer en la tentación ultra izquierdista de liquidarlos en una especie de holocausto simbólico: es mucho más difícil tratar de ponerlos al servicio de causas justas que liquidarlos.

² Paz, J. R. (1971) *Psicopatología. Sus fundamentos dinámicos*. Buenos Aires. Nueva Visión.

A.C. Desde estas actitudes no dogmáticas es posible ubicar tu placer por escribir poesías que contaste cuando presentaste el libro, ¿escribiste a lo largo de toda tu vida?

R.P. Sí, pero la diferencia es que ahora pienso en secreto, y algunas contadas personas que las han leído también, que escribo mejor que a los doce años. Un poco mejor, pero nada más que eso. Luego de muchos años de haber participado en mesas redondas, exposiciones, clases, conferencias, entrevistas, etc., uno adquiere cierta soltura. De cualquier modo –homenaje a la neurosis infantil– detecto que siempre, incluso en esta entrevista, hay alguna angustia, a pesar del ambiente extraordinariamente cordial en que transcurre. Pero respecto de la poesía el pudor es infinito. Es curioso porque mi narrativa psicoanalítica intenta ser lo más sincera posible y mostrar, mostrarme comprometido con lo dado en el campo analítico, pero exhibir poesía, y la palabra que elegí tal vez lo muestra, es un desnudamiento transcutáneo, cuasi visceral, que me resulta sumamente arduo. Pero la sensibilidad a lo poético y a los buenos poetas, que además, como efecto indeseado, hacen que uno se inhíba de mostrar las propias, es utilísima en la clínica, en la escucha, en la sensibilización para manejarse con unidades de sentido de diverso tamaño, dando trascendencia a la mínima metáfora y al macrofragmento.

Además tiene la ventaja anexa, por lo cual es sumamente recomendable, de que entre paciente y paciente puede ser penoso ponerse a leer una novela o incluso trabajos científicos, pero poesía uno puede leer perfectamente, con lo cual cada psicoanalista tendría que tener una pequeña biblioteca de poesía en su consultorio.

A.C. ¿Y a quiénes elegís leer entre paciente y paciente, tenés alguno preferido?

R.P. Mi predilección es extraordinariamente heterogénea: desde Miguel Hernández, Raúl González Tuñón, hasta Shakespeare –vivido en la musicalidad del idioma original y en la compañía imprescindible para mí de buenas traducciones–, giros hiper románticos de Keats mezclados con las sobriedades tan peculiares de Vallejo y los olvidados o descubiertos gracias a los suplementos literarios.

No conozca a nadie a quien le agrade profundamente la poesía que tenga un único poeta predilecto: es una selva de infidelidad necesaria

que tiene mucho que ver con los estados de ánimo y de creencia por los que uno va atravesando.

A.C. Pero veo que te orientaste más hacia poetas de habla hispana e inglesa.

R.P. Eso fue lo que salió, respetemos lo que salió y perdón a Ungaretti y mi querido italiano. Puedo agregar la ambivalencia que Borges me produce como poeta, porque siempre detecto en él cierto cogollo de lo pensado en el escribir y ahí lo respeto, hallo claves, pero deja de conmoverme.

A.C. ¿Cómo viviste la experiencia de alejarte de APA con Plataforma y cómo transcurrió tu vida profesional dentro de las instituciones y los grupos hasta convertirte en uno de los autoconvocados para formar SAP?

R.P. La ruptura con la APA junto a Plataforma significó participar en los 70 en una especie de enorme ola de cuestionamiento a todo que, como es lógico, tomó ribetes trágicos en la periferia del sistema capitalista, y especialmente en Argentina. Más que las situaciones que se pudieron haber dado en mayo del '68 en Francia o en otros países europeos. Acá el enfrentamiento a lo enunciado abstractamente como "el sistema" suponía el choque con dictaduras paulatinamente tremendas.

Las decisiones políticas, impregnadas de imperativos categóricos por la inextricable ligadura entre posiciones políticas y definiciones ético-ideológicas se tornaban necesarias como parte de la emblemática identitaria del momento. Al mismo tiempo permitían interrogar sin tapujos, incluso con cierta crueldad, a todo lo que a uno lo constituía.

No estoy arrepentido de la actitud asumida en ese momento, "extremosa", así la denominaría ahora. Es una ruptura que luego no pudo ser fecunda en los propios términos porque, como dije antes, había personas con un honestísimo compromiso político que pensaban que la manera de llevar a cabo esto hasta sus últimas consecuencias implicaba necesariamente abandonar el instrumental que habían atesorado mientras que otros, que éramos minoría, pensábamos que no. Quedamos ahí, flotando y sobreviviendo; en mi caso el quedarme en el país fue una decisión política y no solamente personal. Milité en derechos humanos, en lo que quedaba de la Federación de Psiquiatras e hice lo que pude; soy miembro fundador de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos y atravesé experiencias naturalmente difíciles. Quedé con la extrañeza de

intentar sostener, como decía metafóricamente en conversaciones con amigos muy dilectos exiliados, el Stradivarius, el instrumentalpreciado psicoanalítico en el mayor y mejor nivel posible, para lo cual algunas amistades y vínculos políticos consistentes fueron esenciales, junto a la compañía extraordinariamente solidaria de mi mujer y mi familia más extensa.

Atravesado ese tiempo y reiniciado un período de reanálisis me entró una suerte de nostalgia de agrupamiento orgánico de psicoanalistas que asumieran en plenitud la tarea formativa por un doble motivo: para transmitir el psicoanálisis pero además porque la existencia de un compromiso de formación plantea en profundidad las cuestiones básicas del psicoanálisis. Han existido muchísimos grupos psicoanalíticos de valor dispar, en muchos casos excelentes, pero que han eludido la formación sistemática. En ese sentido, cuando un grupo de amigos –algunos de toda la vida adulta y otros con los cuales existía una empatía profunda y entusiasmantes disidencias en formas de pensar–, iniciaron este germen de lo que luego sería la Sociedad Argentina de Psicoanálisis, me uní con mucho entusiasmo.

Y la vida ha refrendado que puede haber una asunción en plenitud de las contradicciones ideológicas y el abanico de opciones teóricas, de afinidades y estilísticas, pero jugando en el seno de sociedades que son vigorosas en la apreciación sincera de tales diferencias.

A.C. Pero entretanto vos estuviste en varias instituciones, no fue que quedaste desagrupado.

R.P. Sí, soy fundador de hecho del Centro de Docencia e Investigación en Buenos Aires, de los centros de Estudios Psicoanalíticos en Rosario, en Córdoba, en algún lugar del exterior, de grupos en Porto Alegre., pero siempre con esa sensación de incompletud, de no asunción plena del compromiso formativo junto al continuar siendo psicoanalista. Por otro lado, el pensar y vivir en profundidad avatares psicoanalíticos de otras personas y los propios me convalidó en la simplicidad de los esquemas tradicionales del psicoanálisis; me refiero a la necesidad del análisis personal sistemático, de la formación y del contacto con maestros a través de esa operación tan compleja y rica llamada supervisión.

Por eso, generar algún tipo de agrupamiento donde todo eso tuviera vigencia genuina fue siempre una nostalgia que me acompañó. La adscripción a IPA me parecía importante como una manera de excentrar ha-

cia miradas otras lo que puede ser la omnipotencia del grupo, además de la pertenencia –totémicamente significativa– a la institución fundada por Freud. En mi libro *Cuestiones disputadas...* afirmo que un riesgo terrible, que parece un eco parafraseado de los primeros capítulos del *Génesis*, es el del psicoanalista solitario, pues “no es bueno que el hombre esté solo”.

Creo que es muy negativo que el psicoanalista esté solo porque si en el mejor de los casos puede llegar a hacer desarrollos valiosos, como por ejemplo Fairbairn, no es un buen ejemplo pues no es lo habitual, y además padece mucho. El colectivo analítico es esencial para mantener la salud mental de los analistas así como una creatividad responsable, y para que la omnipotencia personal se morigere, aunque puede trasladarse al grupo.

Pertenecer a unidades institucionales mayores es imprescindible para instaurar un dispositivo de apertura y excentración reticular, cosa que hemos llevado a cabo en nuestra institución con coloquios y estados de examen permanente, porque las tentaciones de la clausura narcisista insisten.

Dos son los riesgos actuales importantes en este sentido: la docencia irresponsable llena de consignas, tics o manierismos, o la docencia que arroja a los que se están formando en dogmáticas seductoras que pueden ser ultramarinas o personales. Por eso los colectivos psicoanalíticos, la excentración por pertenecer a instituciones mayores, el estado de interrogación a través de simposios, coloquios o lo que fuere es absolutamente crucial.

A.C. Dado que tu actividad como productor de conocimientos es muy vasta nos gustaría que nos des un panorama de tus dos libros: *Psicopatología...* y *Cuestiones disputadas...* fundamentalmente desde la inserción dentro de vos mismo en esos momentos.

R.P. Yo creo que *Psicopatología...* tuvo muy buena acogida, se hicieron decena de miles de ejemplares, traducciones subrepticias parciales al inglés, lo cual es extraordinariamente halagador. Es un libro que está atravesado por un espíritu de síntesis, en parte forzada por razones editoriales de aquel entonces, pero tensada desde lo que en la dialéctica del desarrollo del pensamiento psicoanalítico podría denominarse “momento nosografista”, no de una manera burda, creo, pero hay cierto afán clasificatorio del acontecer que puede ser útil en un cierto momento y un cierto nivel de la práctica.

En cambio en *Cuestiones disputadas...* –he participado en otros libros pero este es el segundo absolutamente personal– el núcleo está dado por el proceso y el campo analítico, es decir, lo que uno desentraña y las modelísticas de pensamiento trabajadas estrictamente desde aquellas coordenadas. Para ello he rescatado categorías clásicas como la de neurosis infantil y otras, pero pensadas desde esa complejidad en acto y desde formas elevadas de compromiso vivencial, para lo cual me han ayudado autores que he ido descubriendo –algunos más temprano, otros más tarde–, que pusieron en primer plano el registro de la empatía, de solturas de pensamiento, de legitimación en estado práctico de los sistemas disipativos.

Respecto de *Cuestiones disputadas...* de hecho es una obra abierta, por lo cual estoy trabajando muy intensamente en una edición nueva, aprovechando el haber recibido ya varias opiniones sobre distintos puntos. En este libro me centro en el proceso analítico y en el escritural, no solamente como narrativa sino como modelística.

A.C. Por otra parte en *Cuestiones disputadas* es como si la unidad de análisis se hubiese ido ampliando a esta idea de formaciones clínicas...

R.P. Yo creo que un descubrimiento que un psicoanalista va haciendo, si es que llega a realizarlo, es que se trabaja con unidades heterogéneas, no sólo en el contexto de un tiempo de análisis sino también de una sesión.

Desde unidades mínimas, muy pequeñas, nano unidades (por lo cual uno se convierte en un especialista en detalles) hasta las macro unidades: una sesión, un conjunto de sesiones. Es lo que nosotros sabemos desde hace muchísimo tiempo respecto del análisis de los sueños: tomamos un detalle, un fragmento, una secuencia, un sueño o un conjunto de sueños.

Ese manejarse elásticamente con unidades de tamaño y calidad disímiles es un arte analítico elevado; lo mismo el sostener la tensión productiva entre narración de experiencias, con soltura, matices y sinceridad, y conceptualizaciones que adscriban nuestro pensar a lógicas preexistentes o a derivaciones de las mismas.

Pero también me refiero al involucramiento transferencial y contra-transferencial y a las sensibilidades narcisistas a las cuales uno está permanentemente sometido. En este punto la buena relación –esto parece algo que debería ser obvio– entre los analistas que compartimos un mismo espacio de pensamiento es absolutamente crucial.

Es muy negativa en cambio la utilización –dándole así penosamente la razón a Elliot Jaques– de la institución psicoanalítica como lugar de depositación de las ansiedades psicóticas y de las cosas malamente desentrañadas. Yo creo que es al revés, creo que hay que hacer un trabajo personal, activo, de cultivar lo bueno como salvaguarda de espacios de digestión para poder jugarse con lo feo, lo horrible, lo desagregado, lo desagradable –que es inherente a lo humano– en el contexto de la sesión analítica, y para poder sobrellevar las tormentas narcisistas a que los límites de nuestra práctica nos expone.

A.C. Muchísimas gracias por esta conversación, fue muy interesante. Desde las diferentes perspectivas en las que has mirado el mundo siempre se trasluce un profundo compromiso por el hombre y su mundo.